



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 20 Marzo 1925

Núm. 622

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

La Eucaristia

El milagro de los milagros.
Ni el amor de Dios puede crear
manera más inefable de comunicarse
a los hombres.

Ni su poder, aun siendo tan sin lí-
mites, puede obrar milagro más es-
tupendo.

¡Dios hecho alimento de nuestras
almas!

Todo El.

Todo el Dios encarnado.

Todo Cristo.

Toda su carne adorable.

Toda su Sangre preciosísima.

Toda su alma santísima.
Toda su inefable divinidad.
Es a todo Cristo a quien comemos
cuando comulgamos.

¡Si nuestra fe fuera más viva!
¡Si nuestras almas fueran más sen-
sibles!

Sin nuevo milagro no hubiéramos
comulgado más que una sola vez.

Hubiéramos muerto bajo el peso
de tanta grandeza y de tan grande
dicha.

¡Comer a Dios!
Y por consiguiente hacernos como
otro Dios.

¡Si tuviéramos más fe!
¡Si nuestro corazón sintiera con
más fuerza el agradecimiento!

Nuestra vida de pecado hubiera
tenido fin con la primera Comunión
que hicimos.

¿Cómo ofender a Dios que se hizo
nuestro alimento?

¿Cómo manchar el alma que un
día fué sagrario viviente de la divi-
nidad?

¡Comulgar!
Comer a Dios.

¡Si tuviéramos fe más viva!
¡Si nuestros corazones fueran más
delicados!

Comulgaríamos todos los días.
¿Cómo desairar al Cristo que quie-
re ser comido?

¿Cómo despreciar el don que nos
hace dejándose comer?

¿Cómo renunciar a la abundancia
de bienes que en la Comunión nos
brinda?

¿Cómo no ir al Dios que con los
brazos abiertos nos espera en el Ta-
bernáculo?

¡Si tuviéramos más fe!
Una fe más viva y más ardiente.

Es la gran vergüenza de muchísi-
mos cristianos.

Crean en el Dios Sacramentado.
Crean que en el Sacramento está
para que nosotros vayamos a reci-
birlo.

¡Y sin embargo no comulgan con
frecuencia!

¡Y muchos, ni aun en Pascua, a
pesar del mandamiento de la Iglesia
que a ello nos obliga!

Siendo herejes no harían menos.
¡Lástima de Cristo para tales cris-
tianos!

No merecen ni aun llamarse cris-
tianos.

Lo son y no lo parecen.
¡Y cuántos hay!

¡Pobres!
Pasan por la vida sin gustar a Dios.
Sin saber de las dulzuras de su
Corazón.

Ni de las seguridades de su Pro-
videncia.

Ni de las abundancias de su Mise-
ricordia.

Dios les llama, y cierran sus oídos.
Dios les brinda con su amor, y le
desprecian.

La Iglesia les hace fuerza, y re-
sisten.

Si la vida del tiempo es la que nos
hace merecer la vida de la eternidad,
y así es, ¡qué desdichada eternidad
se preparan!

Dios, a quien no escucharon, no
les atenderá en sus gemidos.

Dios, a quien despreciaron, los des-
preciará.

Dios, que podía y quería haberlos
salvado, los condenará.

M. DE SANTA CATALINA.

CORDERO DE DIOS

Hermosa Madre, María,
si en Nazaret yo viviera
y con mis ojos te viera
¡qué de cosas te diría!
¡Cómo yo te encargaría
que nos cuides al bendito
y precioso Corderito
que en tu regazo se cria!

Ya le has dado fina lana
un blanquísimo bellón,
sangre roja, corazón
y traje de carne humana.
Su belleza tan temprana
que es una gracia y primor
le ha tomado del color
de la sangre que en ti mana.

Por lo blanco, colorado
y lo amoroso que está
en seguida se ve ya
de qué madre sa ha criado.
En su pecho no habrá enfado
ni en sus labios amargura
porque sólo la dulzura
en tus pechos ha libado.

Delicioso manantial
de purísima corriente
el que fluye de las fuentes
de tu seno virginal.
V. luptuoso raudal
de licor tan dulce y casto
que lo bebe a todo pasto
el Cordero celestial.

Dios, su Padre, enamorado
de tus virtudes, María,
al Cordero que tenía
en tus brazos lo ha sentado.
Ya que Dios te ha confiado
el cuidar a su Cordero,
trátalo con mucho esmero,
crialo bien regalado.

Ya que en sangre ha de trocar
tus castísimos licóres,
nosotros los pecadores
te debemos suplicar
que le des bien de mamar
de esa tu sangre bendita,
porque sangre necesita
para podernos salvar.

Dale, Madre, la ternura
de tu materno cariño,
dale alimento a tu Niño
quien será nuestra ventura,
pues por esa sangre pura
que de tus pechos se va
ese Cordero podrá
redimir la criatura.

Mézclale, Madre María,
tu sangre con el bocado
de la harina sin salvado
que de tus trigos se cria,
pues si sabe la ambrosía
que tus castos pechos dan,
¡cuán sabroso será el Pan
de la santa Eucaristía!

CARLOS MOLINOS.



TRIBUNAL BARATO

—Macario... Macario... Macario...

—¿Qué manda usted?

—Pues no hace poco rato que te estoy llamando.

—Ya, ya, ya lo oigo.

—Pues ¿por qué no contestas?

—Porque me *paice* que me llama usted *pa* lo del otro día.

—No recuerdo.

—*Pa* eso de las tentaciones del diablo, cuando tentó a nuestro Señor en el desierto.

—Precisamente es para eso mismo.

—Pues usted dispense, otro día será.

—¿Qué te pasa pues?

—Que me pongo malo.

—¿De qué?

—De tratar con ese sinvergüenza, majadero, bestia, marrano; mire, así estaría *tol* día; no me cansaría nunca de decirle cosas a ese gandul de diablo, que *paice* un *gomitao*. Pero ¿qué se va a poner con nuestro Señor, que no *tié* más que *devantar* el pie y lo aplasta como a una cucaracha? Que agradezca que nuestro Señor *tié* mucha paciencia, que si no, cuatro tiros le pego yo, si se viene a mí con

esas, y luego, *pa* postre, le *devanto* la tapa de los sesos, por puerco y por cochino. Y usted me dispense si digo esos vocablos; ya sé que están mal dichos, pero es que aún me dura la sofocina del otro día, al ver cómo ese granuja se acercaba a nuestro Señor, como si *fué* una persona decente. Así que hoy *hi* dicho: que s'arregle el señor como pueda, que yo no aguanto más de ese canalla.

—Pero ¡si tú no verás al diablo!

—No, señor, no lo veré; ya *pué* usted *aseguralo*. No *hi* podido dormir en *lo* la noche, de *acordame* del otro día. Porque el que s'atreve con nuestro Señor, *carcule* usted qué hará con un servidor. Tanto es así que pensaba *pedile* a usted permiso *pa* *comprame* una pistola. Y si me viene ese hipócrita muy modoso y me dice: "*has* el favor de convertir las piedras en pan". Sin más explicaciones, le *descerrajo* un tiro y se queda tieso.

—Pero, hombre, por Dios, si los tiros no le hacen nada al diablo; ¿no ves que es espíritu?

—No crea usted, que ya ha *pasao* eso por mi cabeza, y *tamién* es triste que *dimpués* de *gastame* los dineros en una pistola, que no me sirva *pa* nada, y se vaya ese pillastre con más *salú* que ha venido.

—Para el diablo, hijo mío, no hay nada como ser bueno y hacerle la señal de la santa Cruz. Además, nosotros seguiremos tratando de las tentaciones, pero estaremos los dos solos; no tengas cuidado que el diablo venga.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—¿Qué usted que me santigüe?

—Sí, no me parece mal. La señal de la santa Cruz debía preceder y acompañar a todas nuestras obras. Otro día te diré por qué el diablo huye tanto de la Cruz. Pero ¿qué estás haciendo?; eso no es la señal de la santa Cruz; eso no es más que un garabato.

—Todos lo hacen igual.

—Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé, que apenas hay nadie que sepa santiguarse. Hacen la señal de la santa Cruz para espantar el diablo, y lo que hacen sólo sirve para hacerle reír. El noventa y cinco por ciento de los cristianos se santiguan mal; a todo se parece lo que hacen menos a la Cruz. Y el caso es que no hacen bien la Santa Cruz porque no sepan; es porque no les da la gana. En los pueblos hay gente analfabeta que no sabe firmar, y a esa gente, cuando se trata de firmar algún documento, les obligan a firmar con una Cruz; porque una Cruz la hace todo el mundo. Y no vale la disculpa de que se tiene prisa; porque lo mismo cuesta el hacer bien la Cruz que el hacerla mal. Además, el cristianismo es un ejército; ejército que tiene por bandera la santa Cruz. Y las banderas de los ejércitos, que se estiman en algo, deben llevarse con respeto y en alto, para que no recojan el polvo del camino, como si fuera una escoba. Hay que tratar, pues, a nuestra bandera con mucho cuidado y respeto. Yo te aseguro que no hay bandera más noble que esa, porque ella es, no la bandera de Inglaterra, o de Francia, o de Alemania, etc., sino que es la bandera del Género Humano. Es preferible no hacer la santa Cruz que hacerla mal. Pero volvamos a las tentaciones de Jesús.

—¿Más tentaciones aún?

—Sí, hijo mío, sí; hasta tres veces le tentó.

—Ya le daría yo a ese granuja, ya; no tendría ganas de repetir. Si yo *tucía* el poder de nuestro Señor, vamos, no *quió* hablar, más vale *dejalo empujao*; pero le digo a usted que esto traería cola. ¡Aún dicen que la justicia y las autoridades! Pero ¿qué hacían, *u* en qué pensaban el *gobernaor*, el alcalde y la policía? A lo mejor s'habrían ido a *Madrí*, con excusa de esto de los consumos y el inquilinato, *pa* librarse de compromisos. Si yo *hubía* sido de orden público y estoy por allí cerca, le doy unos meneos fuertes y le digo: "*usted* se viene con un servidor a dormir al calabozo, y a ver como no se despierta hasta el día de *Navidá* por la tarde. Usted no *tié* vergüenza; qué se mete usted con nuestro Señor; a la cárcel; así podremos vivir tranquilos los hombres *honraos*, como nuestro Señor y un servidor".

—Pues ya verás lo que pasó, Ma-

cario. Cogió el diablo a nuestro Señor y lo subió al pináculo del templo. —A lo mejor sería la torre del La Seo.

—Pero, hombre, por Dios; si esto era en Jerusalén.

—Oiga usted: ¿y tan poca vergüenza tiene Jerusalén que consiente que el diablo le toque a nuestro Señor ni un hilo de la ropa de su llevar, *pa lleválo y tráelo pánde le da la gana?*

—Sí, hijo mío, y se comprende. Dios hizo al hombre señor, y por el pecado, el hombre se hizo esclavo. Pues bien; el que había de redimir a este esclavo, tenía que ser esclavo, porque el esclavo era el que había pecado y el esclavo tenía que pagar. Pero, al mismo tiempo, este esclavo tenía que ser Dios, porque las obras del hombre-esclavo no tienen valor para redimir a un hombre que se ha levantado contra Dios. Y por eso, Jesucristo era hombre-esclavo y, a la vez, Dios. Como dice Bosuet: tan Dios que no parecía hombre; tan hombre que no parecía Dios. Y por eso le vemos como esclavo; como cordero se dejó trasquilarse por la Sinagoga, por Pilatos, por los sayones, etc., etc. Pilatos, la Sinagoga, los sayones no eran más que brazos del diablo; brazos que hicieron lo que quisieron, hasta matarle en una Cruz. La humillación de Cristo en la Cruz fué lo que salvó al mundo, así como la soberbia del hombre le había perdido. Por eso, el pobre diablo, cuando creía que triunfaba de Jesucristo, haciéndole morir en la Cruz, era cuando precisamente quedaba derrotado, aniquilado, pues la muerte de Jesús era la vida de los hombres; la Sangre del Señor nos lavaba de la culpa de Adán. Por eso, al poco tiempo de la muerte de Jesús, triunfaba de la Sinagoga, resucitando de entre los muertos, Jerusalén era destruida y el Pueblo de Dios dispersado como el polvo de los caminos. Pues bien; continuando con las tentaciones, diré que el diablo tomó al Señor y lo subió al pináculo del templo y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; porque está escrito que no te harás daño contra las piedras del camino". El demonio no iba mal, según su manera torpe de pensar. El quería decir a Jesús: "O tienes fe, o no tienes fe. Si tienes fe y eres el Hijo de Dios, tírate; porque Dios, que es tu Padre, te librará. Y si no tienes fe, si no eres el Hijo de Dios, ¿por qué la gente te toma como tal? Pero Jesús confundió al diablo diciendo: "También está escrito, no tentarás al Señor, tu Dios". En cuya contestación Jesús nos da una gran lección para no caer en las tentaciones. Has de tener presente, Macario, que pedir a Dios un milagro para remediar necesidades que, de otro modo, están ya remediadas, es tentar a Dios, o provocar a Dios. Por ejemplo; pedir a Dios que haga el milagro de que no me mate tirándome de cabeza al río, no se debe pedir a Dios, porque Dios ya tiene esto remediado de otro modo, dándote a ti a conocer que el agua mata a los que se sumergen en ella. Si tú no haces caso y desprecias ese conocimiento que Dios te ha dado, consentirá en que te ahogues, pues tu petición no ha sido más que una burla, una verdadera provocación, un capricho tuyo. Y eso no; Dios será tu Padre; pero Dios no será tu juguete. Dios no falta en lo necesario,

pero no abunda en lo superfluo. Otra cosa sería si tú fueras lanzado al agua contra tu voluntad; como los niños del horno de Babilonia, que fueron lanzados al fuego, violentamente, y no se quemaron. Pues como ellos no se lanzaron por su propia voluntad, Dios les libró de la muerte por medio de un gran milagro. Voy a ponerte un ejemplo que te toque más de cerca. Suponte que viene un pobre y te pide una limosna; tú entras a la cocina y le sacas al pobre un pedazo de pan y se lo das. Pero suponte que te dice:—no, señor, no; me lo ha de poner a pedacitos en la boca para no tener el trabajo ese—. ¿Qué dirías tú?

—Yo, nada; cogería un garrote y, sin decir nada, le abriría la cabeza con muchos modos.

—No, Macario, eso sería una brutalidad tuya. Lo que ha hecho el pobre realmente es un desorden; pero un desorden no se cura con otro desorden mayor. Lo que tú deberías decirle es que le das pan porque es lo que él no tenía; pero que manos para partirlo no le das porque manos ya tenía. Que aquella era una provocación y, en castigo, no le prestabas tus manos, ni tu pan. Pues lo mismo; el hombre no se debe tirar por un precipicio y, si se tira, no debe pedir a Dios que le libre; porque Dios dirá:—Ya te he dado un conocimiento que, en mi nombre, te está diciendo continuamente: no te tires, no te tires, que perecerás. ¿No haces caso de ese aviso? No esperes otro.

Y así, hijo mío, respecto de los otros vicios, no se debe tentar a Dios, si no, Dios nos abandonará y nos dejará caer en el pecado. Uno, por ejemplo, sabe que yendo a la taberna se ha de emborrachar; pues no debe ir, porque eso es tentar a Dios. Otro sabe que, juntándose con una compañía ha de ser malo; pues debe huir de esa compañía, que sabe que le perjudica.

—¿Y qué hizo nuestro Señor?

—Pues que no se tiró, para enseñarnos que no debemos de tentar a Dios.

—Pues ¿cómo se quedaría el diablo?

—Calcula tú cómo se quedaría.

—Yo sabía que el diablo no tenía vergüenza; lo que no sabía es que no tuviera memoria. Porque, viendo cómo le había ido en la primera tentación, ya podía haber calculado.....

—No le des vueltas, Macario; tú lo has dicho: el diablo no tiene vergüenza, que es lo último que se pierde.

—Té usted razón; lo que no tiene usted razón es en eso que ha dicho de la taberna, que si sabe uno, o no sabe que va a coger una merluza, que hace mal. Crea usted que el que entra en la taberna, entra con la idea de que no la coge, y, luego, sin malicia, ve que ha entrado derecho y sale torcido, pero sin querer.

—Pero ya sabe de otras veces...

—Mire, señor, de eso, yo sé más que usted, y usted dispense.

—Basta.

—Así se arreglan pronto las cosas; u se dejan peor que están, que es igual.

—Basta he dicho.

EL MAGO.



Que ¿qué le darías a Dios?

Una sola cosa, el corazón.

Es lo único que busca en nosotros.

Es además lo único que en nosotros vale algo.

Cuando se ha dado el corazón, se ha dado todo.

Por esto aquella enérgica expresión de San Agustín: "Ama y haz lo que quieras".

¿Qué puede hacer el que ama?

Obras de amor.

—

¿Cuántas veces lo pienso!

La mayor vergüenza que arrastramos por la vida es esta: que no damos a Dios ni la milésima parte de lo que damos a los demás.

Y Él se lo merece todo.

Y se lo merece como ningún otro se lo merece.

—

¿El altar?

Belén en donde Cristo nace.

Calvario en donde es inmolado.

Cenáculo en donde se da a los hombres.

¿Y pensar que muchos cristianos viven alejados del altar!

Ante sus gradas aprenderían la humildad, el sacrificio, el amor.

¿Y no es esto la gran necesidad de las almas?

—

No te detengas.

Si la voz de Dios te llama, síguete.

Si Él te mueve, déjate llevar.

¿Podrás desconfiar de Dios?

¡Si no quiere más que nuestro bien!

M. DE SANTA CATALINA.

FUERA DE HORA

—

Qué quieres que te diga:

las cosas a su tiempo.

Puede soñar el alma

que empieza su vivir color de cielo:

a tus años, delirios,

nada más que delirios caben dentro.

No te hagas ilusiones,

eres ya todo un viejo,

que un hombre a los sesenta,

y es la edad que tú tienes por lo menos,

aunque tenga fachada inmejorable,

es ya ruinas por dentro.

Piensa en la muerte que se te echa encima: pasó ya el tiempo de soñar despierto.

M. DE STA. CATALINA

La Gran Tebaida

Segunda parte de las "Aventuras del Diablo"

(Continuación)

LXXXVIII

CLARIDADAS

Realmente, para Julio Ascanio y sus compañeros que, con gran alegría, contemplaban el giro que iban tomando las cosas, la explicación resultaba sencilla y llena de claridad.

Digo esto, porque el verdadero enemigo de la gran Tebaida no era la ciudad de Maratón, sino el diablo, que encontraba en ella un dique formidable a sus avances por el mundo. Y, no habiendo podido este enemigo del Género Humano penetrar en la gran Tebaida, a causa del ambiente divino que en ella se respiraba, había sugestionado a los hijos de Maratón, entre los cuales vivía a sus anchas, para llevar la perturbación y la guerra, y con ellas el pecado, a fin de desterrar a Jesucristo de aquellas proximidades que ya iban resultando irrespirables y peligrosas para él.

Ya hemos visto cómo el diablo logró conseguir sus propósitos. Pero una vez que los moradores de la gran Tebaida se penetraron bien de este movimiento satánico, se prepararon a la guerra, no contra los habitantes de Maratón, con los cuales no tenían ningún agravio que vengar, sino contra el diablo que, tan sin razón, les perseguía.

Y ya sabemos también con cuánto cuidado se prepararon para envolver al ejército expedicionario en una nube de ráfagas luminosas que brotaban de sus cerebros caldeados en la fragua de la más fervorosa oración y orientadas hacia el ejército invasor, en el cual produjo dos efectos muy distintos. En los hijos de Maratón el efecto que produjo fué de paz, de orden, de suavidad y dulzura.

No en vano se ha dicho que el alma es naturalmente cristiana; la cual, cuando está bajo influencias groseras y d'abólicas, tuerce sus inclinaciones naturales y marcha en pos de bastardas orientaciones. Pero basta que, por un medio cualquiera, se la obligue a vivir en un ambiente sano y puro, para que, libre de sugerencias extrañas a su naturaleza, vuelvan a renacer en ella las inclinaciones más nobles y divinas.

Las ráfagas luminosas que venían de la gran Tebaida contribuyeron muy mucho a que las inclinaciones naturales de los hijos de Maratón se manifestaran rápida y espontáneamente.

Por otra parte, el demonio, no pudiendo vivir en aquel ambiente nuevo, huyó aterrado, dejando el campo libre que antes consideraba totalmente suyo.

Y libres los hijos de Maratón de este gran sembrado de cizaña, la razón y la cordura se superpusieron a todo y las consecuencias pacíficas no se hicieron esperar.

Inmediatamente cundió por todas las partes la noticia de que había que ir a la gran Tebaida; no en son de guerra, sino todo lo contrario, a dar

una satisfacción, todo lo más cumplida que se pudiera, a aquellas buenas gentes que ningún mal les habían hecho.

Si alguno creía que esto constituía una humillación degradante, que se tuviera presente que es un mal el errar, pero que es mucho peor el perseverar en el error, una vez conocido. De todos los modos, que cada uno era libre de llegarse a la gran Tebaida, o regresar a su casa de Maratón. Bien entendido que, el que no fuera a la gran Tebaida a confesar noblemente una equivocación lamentable, aunque muy propia de hombres, se había de arrepentir toda su vida, pues el arrepentimiento borra las faltas y no deja huella de ningún género. Mientras que las faltas que no las ha tocado el arrepentimiento son como llagas ponzoñosas que nunca cicatrizan.

Esto aprendimos de la antigua religión de nuestros padres, y los hechos jamás desmintieron estas máximas morales. Ojalá aquella religión divina no hubiera desaparecido de entre nosotros: otro sería nuestro presente y ¡ay! otro sería nuestro porvenir. Pero ¡quién sabe! Nunca es tarde si la dicha es buena.

Así decía, poco más o menos, la circular que, redactada por el alcalde y el Jefe de Seguridad, se hizo pasar por todo el campamento.

Todo el mundo se dispuso a continuar la marcha, sobre todo las mujeres, parte por el espíritu de curiosidad que en ellas domina, y parte por la natural bondad de su corazón. Si el alma del hombre es naturalmente cristiana, el alma de la mujer es naturalmente piadosa.

Por otra parte, el instinto les decía que ningún peligro corrían en esta gloriosa expedición.

NARDO.

(Continuará)

DE CASA

Quisiéramos llevar la bandera de la Cruz a todos los hogares; de ahí el que nos proporcionen tan honda alegría los valientes que deciden publicar su *Eco regional o parroquial* en la cuarta página de *El Eco de la Cruz*.

Perdonen nuestros lectores si en esto hay algo de esa vanidad que todo lo estiriza y de que tan difícilmente nos despojamos por completo. Vaya un saludo y un abrazo fraternal para "El Eco Parroquial de San Andrés de Linares" (Oviedo) y para "La Juventud Enguerina" de Enguera (Valencia), que acaban de ver la luz pública y por los cuales, como por todos, pediremos al Cielo.

BIBLIOGRAFIA

Elegantemente impresa, tipografía Berdejo Casañal, hemos recibido la hermosa Conferencia pronunciada en Madrid por nuestra ilustre amiga doña Juana Salas de Jiménez, en la Acción Católica de la mujer. Obra de actualidad y magistralmente escrita, marca los cánones por donde debe marchar el Feminismo de ayer, de hoy, de mañana y de siempre. Agradecemos a su autora el ejemplar con que nos ha obsequiado.

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar, 5.—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRIPCION

De	1 ejem. cada núm. al año	1'50
2 "	" " " "	2'00
3 "	" " " "	2'75
4 "	" " " "	3'50
5 "	" " " "	4'00
10 "	" " " "	7'00
15 "	" " " "	10'00
20 "	" " " "	13'00
25 "	" " " "	15'50
30 "	" " " "	18'00
40 "	" " " "	26'00
100 "	" " " "	45'00

"Ecos Regionales, 4.ª página en blanco, al año 40 pesetas el 100.

HOJAS PARROQUIALES

En la 4.ª plana de "El Eco de la Cruz" se confeccionan en condiciones ventajosísimas.

Pidan detalles y muestras gratis.

EL ECO DE LA CRUZ

Esta Biblioteca ha sido premiada con diploma y medalla de plata en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza.

OBRAS PUBLICADAS

"La Eucaristía y la Comunión diaria", por el M. I. Sr. don Juan Buj, 2 pesetas.

El Judío Errante, por Julio Ascanio, 0,75 pesetas. (Agotado).

La Bruja Blanca. Obra premiada en el concurso Villahermosa-Guadalupe, 5.ª edición. Las dos partes en un sólo volumen, 2'50 pesetas.

Las Aventuras del Diablo, por Julio Ascanio, 2 pesetas.

Memorias de un socialista, por Julio Ascanio (tercera edición económica), 0'50 pesetas.

La Araña o la Casa del crimen, novelita social de gran interés, por Julio Ascanio, 0'75 pesetas.

El hombre misterioso, por Julio Ascanio, 0'50 pesetas.

El Mago. Tomo 1.º con las cartas de Macario, 1 peseta.

El Mago. Los tomos 2.º, 3.º y 4.º, con 200 páginas y cartas de Macario, 2 pesetas cada uno.

Colección de Pensamientos Eucarísticos y lecturas piadosas, por A. Estel y M. de Santa Catalina. Edición aumentada, 1'25 pesetas.

El hogar en cenizas, por D. Rafael Pamplona, 150 páginas, 2 ptas.

Desde mi Cartuja y mi Tebaida, por Nardo, 4 pesetas.

Dos Vocaciones, por Marina, 2 pts.

Prohibida la reproducción de los trabajos y novelas de esta Biblioteca, sin permiso del autor.

Recomendamos eficazmente la meritisima Revista mensual

JUEVES EUCARISTICOS

órgano oficial de la Archicofradía del mismo nombre. Son 16 páginas de selecta doctrina eucarística. Precio ordinario de suscripción, 2 ptas. al año, en e a misma casa, Pilar, 5. Teóf. 1.578. Zaragoza.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza